

Las enfermedades y dolencias en el antiguo Egipto: I: El parto y los recién nacidos

A. Jiménez Serrano

Introducción

Queremos iniciar con este artículo una serie que muestre uno de los aspectos más desconocidos de la vida cotidiana: las enfermedades y dolencias en el antiguo Egipto. Una de las razones que nos ha movido a tocar estos temas no es otra que la de mostrar una de las facetas más desconocidas de esta civilización antigua. En efecto, actualmente, el antiguo Egipto está rodeado de una aureola de misterio que generalmente es aprovechado para dar una visión un tanto positiva y más bien tópica y general de esta cultura. Sin embargo, los egipcios padecieron enfermedades y sufrieron en muchos casos las creencias y tradiciones ancestrales que pretendían curar o mitigar el dolor.

Parece lógico, pues, pensar que una de las mejores formas de comenzar nuestra serie sea con una metáfora que aluda al principio, el parto y el nacimiento.

La concepción, el parto y el nacimiento: una cuestión de suerte

Los médicos egipcios, según nos han transmitido numerosos autores griegos de la antigüedad, eran famosos en todo el mundo me-

diterráneo por su saber y capacidad para dar remedio a todo tipo de enfermedades. Como nos dice Heródoto (II, 84), estaban divididos por especialidades, hecho que se ha podido constatar a través de la epigrafía egipcia antigua.

Si bien es cierto que los médicos eran auténticos depositarios de una tradición que hunde sus raíces en la oscura prehistoria (1) hemos de tener en cuenta que sus conocimientos de anatomía interna eran, en la mayoría de los casos, bastante limitados. Esta posible paradoja se debe a un malentendido y es que tradicionalmente se ha creído que los embalsamadores eran médicos, cuando, en realidad, nunca lo fueron. La profesión médica estaba unida a deberes religiosos, por lo que los títulos médicos estuvieron siempre vinculados a cargos sacerdotales.

Un buen ejemplo de lo que hablamos es el de los partos extrauterinos, que fueron los grandes responsables de que los egipcios creyeran que las cavidades bucal y anal estaban comunicadas con el útero. Como prueba de estas creencias está la relación que tiene la diosa del cielo, Nut, con la resurrección del rey difunto. Efectivamente, el rey, en la IV dinastía (mediados del tercer milenio a. C.) fue asimilado con la figura

(1) En el papiro Ebers, hay una receta que confirma que proviene de la época del rey de la Primera Dinastía Den (en torno al 3000 a. C.), v. Emery (1961: 80).

Palabras clave: Medicina egipcia. Parto. Recién nacidos.

Fecha de recepción: Diciembre 2001.

Seminario Médico

Año 2002. Volumen 54, N.º 1. Págs. 19-24

del dios Ra, el sol. La diosa Nut ingería cada atardecer el sol para darle la vida al día siguiente en un parto normal. De esta manera, los egipcios tallaban la imagen de la diosa en el interior del sarcófago real de modo que la diosa lo ingeriera tras su vejez y, posteriormente, le diera a luz totalmente rejuvenecido para el otro mundo.

Esta intercomunicación interna femenina fue la responsable de que en el *Cuento de los dos hermanos* (2) una astilla del árbol en que se había convertido el fiel hermano Bata dejase embarazada a la malvada favorita del rey de Egipto.

La esterilidad también encontraba su explicación por esta figurada unión de las cavidades bucal, anal y vaginal. Si el aliento de una mujer supuestamente infértil no despedía olor a ajo, cebolla u otra sustancia olorosa de tal calibre después de una noche con la citada materia en la vagina, significaba que tenía obstruidas por dentro sus cavidades y, por lo tanto, el diagnóstico era la infertilidad. Aún así, existían otros elementos que permitían emitir el mismo diagnóstico: si una mujer padecía estrabismo, si no vomitaba unos preparados de hierbas mezcladas con leche de una mujer que hubiese dado a luz a un varón (3), si tenía los pechos flácidos, etc.

Para evitar la infertilidad, una auténtica maldición en el antiguo Egipto, las mujeres se colocaban dátiles en la vagina o bien se untaban los muslos y el abdomen con la sangre menstrual. Además, existían diversos amuletos, algunos representaban a una mujer desnuda yaciendo junto a la figura de un niño. Si todo esto no funcionaba, la mujer pasaba la noche en un templo de una determinada divinidad y, si se le aparecía en sueños, quería decir que iba a concebir, tal y como aparece en una de las historias de Setna (4).

Existía un método para saber si una mujer se encontraba en estado de gracia. Consistía en regar con orina diariamente plantas de trigo y de cebada y si éstas crecían más rápido de lo normal, ello significaba que estaba embarazada. Otro método era enterrar un par de dátiles y regarlos del mismo modo con la orina. Aunque ambos procedimientos pueden considerarse algo toscos, se han demostrado actualmente válidos, ya que la orina de una mujer en estado contiene hormonas que facilitan el crecimiento. Si una mujer quedaba embarazada y tenía algún riesgo de sufrir un aborto natural, se untaba en sus genitales una mezcla de cebolla y vino o bien las hojas y frutos de distintas plantas junto con aceites y miel, de forma que éstos detuviesen las hemorragias. Además, siempre llevaba amuletos de dioses a los que se encomendaba por medio de plegarias. Estos dioses eran varios, destacando Tueris, que tenía forma de hipopótamo, el enano Bes, Hekat la rana, Jnum, Renenutet, Isis, Neftis, etc.

Para evitar partos prematuros, se trenzaba el cabello de la mujer de una forma mágica, de modo que la fuerte sujeción hacía inofensivos a los demonios hostiles al seno materno. Aún así, la mujer embarazada era considerada impura, al igual que durante la menstruación y el puerperio.

Antes del parto, la mujer se frotaba con aceite el vientre para mantener la elasticidad de la piel. Entonces, las mujeres pertenecientes a las clases sociales más altas se dirigían a una estancia especial denominada «pabellón del parto». Allí la futura madre se sentaba desnuda sobre un taburete especial con orificio o sobre unos ladrillos. En este lugar, era ayudada por otras mujeres de su familia o por comadronas expertas. Como anestesia algunas veces se le daba cerveza a la parturienta y, en otras

(2) LICHTHEIM (1976: 203-211, v. esp. 210).

(3) La leche de mujeres que habían dado a luz a varones era considerada una medicina y se conservaba en tarros que tenían la forma de Isis (o una mujer) amamantando a Horus (o a un niño). Estos vasos son actualmente denominados vasos nodriza, v. por ejemplo Seipel (1984: fig. en p. 162, abajo).

(4) BRESCIANI (1990: 894).

ocasiones, para favorecer el parto, se le administraba alguna receta compuesta con algunos productos vegetales, como el azafrán, el trigo o el vino, sustancias minerales y animales.

Durante el parto, se recitaban numerosas fórmulas mágicas para proteger a la parturienta y al niño. De todas formas, los partos siempre fueron un factor que incrementaba la tasa de mortalidad, que afectaba a todas las clases sociales. Por ejemplo, se sabe que la reina Mutnodjemet (finales del siglo XIV a. C.) murió probablemente a consecuencia de un parto, ya que los huesos de su pelvis presentaban marcas de partos difíciles anteriores y, además, en la tumba de Saqqara, se hallaron los restos de un feto que probablemente provocó la muerte de esta reina (5). La trascendencia de esta muerte es mucha; si Horemheb, el marido de la malograda reina, hubiese tenido un heredero masculino nunca hubiese subido al poder la familia de los Ramseses (6).

Podemos imaginar que la pérdida de sangre tras el parto, el colapso uterino, la retención de la placenta y la eclampsia serían causas de fallecimiento más que comunes en los partos. Para evitar tales males se vendaba el bajo vientre, se untaban emplastos o se introducían supositorios vaginales. Todo ello siempre acompañado de fórmulas mágicas.

Los partos prolongados traían como consecuencia la caída de la matriz. Las soluciones eran de lo más variado; desde la fumigación (7) y la aplicación de aceite de trementina, las infusiones de hierbas o cer-

veza, pasando por las soluciones mágicas que podía aportar una figura del dios Tot o la obturación con un pesario. Muchas de estas soluciones tendrían como resultado las fiebres puerperales producidas por las infusiones vaginales.

Semejantes condiciones higiénicas hicieron que la esperanza de vida de las mujeres fuera más baja que la de los hombres. En este sentido, las estimaciones de Strouhal (8) a partir de las momias conservadas en Checoslovaquia dan como resultado una esperanza de vida de unos 43,7 años para el hombre y 41,3 para las mujeres, aunque existen otras estimaciones que separan al hombre de la mujer unos cuatro años.

Para los egipcios, el día del nacimiento era muy importante, ya que podía determinar algunos aspectos de la vida futura del niño. Así, según el calendario de los días fastos u nefastos, si un niño nacía el cuarto día del primer mes de la estación de *peret* (es decir, a finales de noviembre) llegaría a gozar de una vida muy larga, con todas las ventajas de respeto social que ello conllevaba para los egipcios. Del mismo modo, si el nacimiento se producía en noveno día del segundo mes de la estación de *ajet* (a finales de agosto) o el vigesimonoveno día del mismo mes (mediados de septiembre), su vida alcanzaría una gran longevidad y en el segundo caso en su vejez sería muy respetado. Por el contrario, si se nacía los días cuarto, quinto o sexto del citado mes, se moriría de fiebre, amor o embriaguez; si era el vigesimotercer día, había que temer una muerte en las fauces de un cocodrilo y,

(5) MARTIN (1991: 97). La reina, que tenía alrededor de unos cuarenta años cuando murió, perdió sus dientes cuando aún era joven, por lo que su dieta alimenticia se basaría en purés y alimentos blandos.

(6) La importancia de la reina Mutnodjemet en la sucesión al trono de Egipto era evidente. Seguramente, era la última representante de la línea femenina que legitimó a los faraones de la XVIII dinastía en el trono. Por lo tanto, durante este período, se accedía al trono tras la boda con una princesa de sangre real, es decir hija del faraón y de la esposa real. Para más detalles sobre la XVIII dinastía, v. Grimal (1996: 219-269, esp. fig. 91).

(7) Consistía en que las mujeres se sentaban sobre un recipiente cerámico en la que se introducía las sustancias prescritas. La olla era calentada con una piedra previamente recalentada.

(8) (1994: 19). Sin embargo, Strouhal no ha tenido en cuenta que la momificación estaba destinada a las clases más altas de la sociedad, por lo que en sus análisis no estaría incluida el resto de la población, que supondría entre un 90% y un 95%.

por último, si era el vigesimoséptimo la muerte la provocaría una serpiente.

De acuerdo con el papiro Ebers (9), las primeras horas de vida eran fundamentales para saber el posterior desarrollo de la vida del niño. Así, si el niño pronunciaba «ihy!» viviría, mientras que si pronunciaba algo parecido a «mbi» o giraba su rostro al suelo moriría.

Quizá una de las imágenes que más trascendencia ha tenido del antiguo Egipto ha sido la imagen de Isis dándole el pecho a Horus; con ello queremos llamar la atención sobre la importancia que los egipcios daban a la lactancia, que duraba alrededor de tres años. Según el papiro Ebers, los médicos comprobaban la calidad de la leche materna oliéndola. Si el flujo no era muy abundante recomendaban frotar la espalda materna con un aceite en el que se hubiese cocido la aleta dorsal de una perca del Nilo. Otros remedios que aumentaban la cantidad de alimento para el niño eran conjuros y amuletos. Aunque existen imágenes de reinas y princesas dando el pecho a alguno de sus vástagos, generalmente las damas de la alta sociedad escogían nodrizas para dar el pecho.

Según se desprende de los estudios realizados en un cementerio de la Época Tardía y Ptolemaica (siglos V-II a. C.), aunque la mortalidad infantil durante las primeras semanas era elevada, desde luego era mucho menor que la que afectaba a los niños de entre tres y cuatro años. La razón no sería otra que el cambio al alimento sólido, que conllevaría un aumento de las infecciones intestinales (10).

Generalmente, y ya desde la prehistoria, si la madre y el niño morían en el parto se les enterraban juntos. En otras ocasiones, se introducía al recién nacido dentro de un recipiente cerámico y se le enterraba debajo de la casa o cerca de ella (11), o bien se dejaba que su cuerpo fuera víctima de las ali-

mañas que rondaban en los límites del desierto o en los canales y el río.

De todas formas, las familias egipcias solían ser numerosas y se ha llegado a estimar que una mujer egipcia podía llegar a tener ocho hijos entre los quince y los cuarenta años. Así, si de ocho vástagos morían dos o tres durante su infancia, el número restante de hijos era más que suficiente para asegurar una vejez sin apuros a los padres.

Conclusiones

Como hemos podido observar, la medicina egipcia no tenía una base científica, sino que era fruto de la tradición. Lógicamente, ésta se basaba en la observación y estaba muy influida por la magia y creencias religiosas.

Las enfermedades y traumas descritos más arriba nos confirman que los egipcios sufrieron de las mismas enfermedades que cualquier otra cultura preindustrial. La posición privilegiada con que los extranjeros veían el país del Nilo y las posibilidades médicas que allí se podían conseguir no eran más que fruto de una idealización de Egipto. Ésta tendría su base en la antigüedad de la cultura que allí se desarrolló (en comparación con la griega, por ejemplo) y en las condiciones climáticas más benéficas que allí se desarrollaban y que, en realidad, provocaban otras enfermedades y parásitos que en otros artículos futuros mencionaremos.

La fertilidad era una bendición en Egipto, pero, como hemos visto, comportaba un riesgo muy cierto tanto para la madre como para el niño. En este sentido, queremos llamar la atención sobre la diferencia existente entre los cultos oficiales, presentes en los grandes templos de Egipto, y los cultos domésticos, aquellos que protegían los ámbitos privados, entre ellos, claro está, el nacimiento. Por ello es por lo que, en muchos

(9) Pap. Ebers, 97, 13, 14 (recetas), 838, 839.

(10) STROUHAL (1986).

(11) Se creía que el espíritu del bebé facilitaría el pronto nacimiento de otro hijo.

casos, los dioses más amados eran aquéllos que se encargaban de la protección de la madre y del niño, aunque, contradictoriamente, estos dioses no tenían si quiera un templo significativo.

En la mayoría de los casos los remedios no solucionaban el problema, quizá lo único que harían sería calmar el trauma, cuando no empeorarlo. La mezcla de remedios pseudo-científicos con oraciones y prácticas mágicas no hace sino confirmar lo que

anteriormente exponíamos brevemente y que aún podemos observar en nuestra cultura popular con la existencia de curanderos. Al fin y al cabo, la cultura popular contemporánea en muchos casos no está tan alejada de los antiguos egipcios. ◀

A. Jiménez Serrano, Doctor en Humanidades por la Universidad de Jaén.

Referencias bibliográficas

- BARDINET, T., 1995: *Les papyrus médicaux de l'Égypte pharaonique*. París.
- BRESCIANI, E., 1990: *Letteratura e poesia dell'antico Egitto*. Milán.
- CHALOUNGUI, P., 1992: *La médecine des pharaons*. París.
- EMERY, W. B., 1961: *Archaic Egypt*. Harmondsworth.
- GRIMAL, N., 1996: *Historia del Antiguo Egipto*. Madrid (ed. orig. 1938: *Histoire de l'Égypte Ancienne*).
- LECA, A. P., 1986: *La medicina egizia al tempo dei faraoni*. París.
- LICHTHEIM, M., 1976: *Ancient Egyptian Literature. Volume II: The New Kingdom*. Berkeley.
- MARTÍN, G. T., 1991. *The Hidden Tombs of Memphis*. Londres.
- MONNET, P., 1990: *La vida cotidiana en tiempos de los Ramsés*. Madrid (ed. orig. 1946: *La vie quotidienne en Égypte au temps des Ramsés, 1300-1100*).
- SEIPEL, W., 1984: Estado y sociedad, en A. Eggebrecht (ed.): *El antiguo Egipto*, pp. 117-195, Barcelona.
- STROUHAL, E., 1986: Adaptation of the Late Period population of Abusir (Egypt), *Anthropos (At-hinai)* 11: 94-103.
- STROUHAL, E., 1994. *La vida en el Antiguo Egipto*. Barcelona.